

En la década de los ochenta se cernían sobre el panorama internacional hechos relevantes que podían marcar, y han marcado de hecho, el devenir de la actualidad económica, política y social de las próximas décadas. Entre planes Brady y colapsos de las economías planificadas, la lenta pero irrevocable reforma económica vinculada a la apertura exterior de Deng Xiaoping en China hacía despertar lentamente al gigante dormido. En una coyuntura claramente desfavorable para afrontar retos de crecimiento económico basados en aprovechar la dimensión del mercado mundial, los planificadores establecieron objetivos de crecimiento con los que se pretendía cuadruplicar la producción en un periodo de veinte años. Mediante la introducción de la *Economía Social de Mercado* consiguieron dicha meta en un periodo de 16 años. El objetivo del crecimiento, constituía, más que una meta en sí misma, un instrumento para canalizar una amplia batería de reformas políticas, económicas y sociales que debían permitir, en la lógica pragmática de los dirigentes chinos, la modernización del país.

Los resultados de las reformas sólo admiten un calificativo: éxito, al menos en el terreno económico. Es cierto que es mucho el camino que aún falta por recorrer, pero ahí están los resultados macroeconómicos bajo los que China se ha convertido en la cuarta economía del mundo. Su producción ha superado a Reino Unido y queda sólo por detrás de las economías de Estados Unidos, Japón y Alemania. En 2004 superó a Italia y Francia, basando sus logros en las elevadas tasas de crecimiento cercanas al 10% anual. Aún sin sorprender, esta noticia debe ser valorada en su justa medida al ser un hecho de enorme trascendencia en el siempre difícil equilibrio geoeconómico entre bloques internacionales.

No es fácil, ni quizás conveniente, extrapolar el “milagro chino” a otros contextos, por las peculiaridades históricas de este país y por las singularidades de su modelo económico. Hay quien señala que en este país se dan cita dos sistemas económicos diferenciados: uno de mercado, en el que el capitalismo ha sido permeable a las concesiones realizadas por el partido comunista para acoger la inversión internacional y modernizar algunas regiones del país; otro rural, con sistemas de organización casi feudales y con procesos económicos de subsistencia. Estas diferencias geográficas, con muy marcadas implicaciones sociales y económicas, estarían en el origen de los grandes flujos migratorios internos dentro del país.

China, con un enorme potencial de crecimiento en el futuro, se ha convertido ya en un importante actor internacional. Las alteraciones en el precio del petróleo y de las materias primas, el calentamiento del planeta, el impulso al comercio mundial, la reorientación de las inversiones extranjeras o el destacado papel jugado en la crisis asiática son algunos de los exponentes de la influencia que ha tenido la entrada de este país en el tablero internacional como nueva potencia emergente. La evolución del precio de la gasolina, del acero, de muchas materias primas de importancia estratégica, de productos agrícolas como la soja o el trigo, o de una infinidad de bienes de equipo y de consumo, tiene en estos momentos una relación directa con lo que está pasando en la economía de China.

Buena parte de los logros económicos de los últimos años se han conseguido a través de un *mix* de apertura comercial y atracción de inversión extranjera. La principal estrategia competitiva del gobierno chino para atraer inversión extranjera ha sido ofrecer paquetes de incentivos fiscales en un marco

regulador laxo en materia de derechos laborales y protección del medioambiente, centrado en las zonas económicas especiales. Los capitales foráneos han respondido a estos estímulos, con el atractivo adicional de un enorme mercado interno con creciente capacidad adquisitiva y una contrastada estabilidad institucional. Algunas empresas multinacionales han aprovechado las carencias en la regulación del gigante asiático para, aprovechando la censura oficial hacia los medios de comunicación y la connivencia de las autoridades locales, operar en condiciones insalubres, haciendo caso omiso de la seguridad laboral o del control sobre las emisiones de residuos que afectan negativamente al medioambiente. Como consecuencia de todos estos factores, China se ha convertido en el primer destino mundial de inversión extranjera directa.

Ya son treinta años tras las reformas y tres administraciones –la de Deng Xiaoping, la de Jiang Zeming y la de Hu Jintao-, que han demostrado su solvencia para enfrentarse a importantes problemas e incluso capaces de resolver buena parte de ellos. Un balance tan positivo como el obtenido no es empresa fácil, como ha quedado de manifiesto en otros procesos de transición al mercado experimentados por economías del Este de Europa o Rusia, si bien las peculiaridades de la economía china la hacen incomparable con cualquier otro proceso en cualquier lugar del mundo.

Su meteórico desarrollo económico, al mismo tiempo que ha situado a China a la cabeza del mundo periférico en capacidad de crecimiento, ha generado importantes desequilibrios. Valga como ejemplo los costes medioambientales provocados por un sistema productivo muy intensivo en la utilización de materiales y recursos naturales; 16 de las 20 ciudades más contaminadas del mundo están en territorio chino, habiéndose convertido en el segundo país en emisiones de dióxido de carbono tras Estados Unidos. Destacan, asimismo, los profundos desequilibrios regionales, que mantienen a una buena parte de la población por debajo de los niveles de la pobreza; las profundas diferencias de rentas entre provincias y las distorsiones territoriales llevarán según los objetivos de las autoridades chinas en los próximos 25 años a que alrededor de 400 millones de personas se desplacen desde las provincias del interior y las zonas rurales hacia las grandes ciudades. No es el menos importante de estos desequilibrios el que supone promover un proceso de liberalización económica, aunque con una fuerte presencia del Estado, sin que en paralelo se abran espacios de participación política que encaucen la heterogeneidad de una sociedad que, como la economía, también cambia aceleradamente. El futuro y el éxito de las reformas se medirán, muy probablemente, por la capacidad de los responsables chinos de afrontar con éxito éstos y otros desafíos.